

ELENA MIRONESKO BIELOVA
(coord.)

AUTORES:
ÁNGEL ENRIQUE DÍAZ-PINTADO HILARIO
JOSÉ ANTONIO HITA JIMÉNEZ
ELENA MIRONESKO BIELOVA
HÉCTOR FEDERICO SANTIAGO PÉREZ
JOAQUÍN TORQUEMADA SÁNCHEZ
SULTANA WAHNÓN BENSUSAN

EL CRISOL
DE LAS LITERATURAS ESLAVAS

GRANADA
2012

© LOS AUTORES.
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.
EL CRISOL DE LAS LITERATURAS ESLAVAS
ISBN: 978-84-338-5417-9.
Depósito legal: Gr./ 2.108-2012
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja. Granada.
Preimpresión: TADIGRA S. L. Granada.
Diseño de cubierta: Josemaría Medina Alvea
Imagen de cubierta: La Catedral de la Dormición en
el día de la coronación del zar Mijaíl Fiódorovich
Románov. Miniatura del *Libro de la elección al trono
del gran señor, zar y gran príncipe Mijail Fiódorovich
Románov*. Moscú, 1672-1673.
Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PREFACIO	11
BREVE CURRICULUM DE LOS AUTORES	13

FUNDAMENTOS TEÓRICOS DE UN ESTUDIO MULTIDISCIPLINAR DE LAS LITERATURAS ESLAVAS DESDE UN ENFOQUE COMPARATISTA

Sultana Wahnón Bensusan

Introducción. Actualidad del enfoque comparatista	17
El método comparatista en el estudio de la literatura. Precedentes	19
El moderno concepto de Literatura Universal	25
El comparatismo como método de la Literatura Universal	30
La Literatura Comparada como historia comparada de las literaturas nacionales	33
Hacia un conocimiento general y comparado de las literaturas eslavas	38
Referencias bibliográficas	42
Bibliografía complementaria	43

LITERATURA RUSA: DE SUS ORÍGENES AL SIGLO XVIII

*José Antonio Hita Jiménez; Elena Mironesko Bielova;
Joaquín Torquemada Sánchez*

LITERATURA RUSA MEDIEVAL: PANORAMA HISTÓRICO LITERARIO

José Antonio Hita Jiménez; Elena Mironesko Bielova

Rasgos de la literatura eslava oriental	49
Formación del primer estado ruso: la Rus de Kiev	51

Proceso de cristianización de la Rus	53
La oratoria o retórica	56
Luchas fratricidas por el poder	59
LITERATURA RUSA MEDIEVAL EN LA BAJA EDAD MEDIA	62
Ocupación tártara	68
EL IMPERIO MOSCOVITA (SIGLOS XVI-XVII)	70
Literatura eclesiástica	72
Literatura laica	73
LA LITERATURA RUSA DEL S. XVII	75
SEGUNDA MITAD DEL S. XVII	76
Las novelas costumbristas	77
La literatura de los viejos creyentes	80
BIBLIOGRAFÍA	82
LITERATURA RUSA MEDIEVAL A TRAVÉS DE LOS TEXTOS	87

LITERATURA RUSA DEL SIGLO XVIII

Joaquín Torquemada Sánchez

LITERATURA RUSA DEL SIGLO XVIII	
Visión general y periodización	171
SIGLO XVIII	179
Obras literarias de la época de Pedro I el Grande	179
Obras literarias de los años 30 y 40 del siglo XVIII	181
Antioj Dmítrievich Kantemir (1708-1744)	181
Vasili Kirillovich Trediakovski (1703-1769)	184
Obras literarias de mediados del siglo XVIII	188
Mijaíl Vasílievich Lomonósov (1711-1765)	188
Obras literarias de la segunda mitad del siglo XVIII	193
Aleksandr Petróvich Sumarókov (1718-1777)	193
Nicolái Mijáilovich Karamzín (1766-1826)	196
Gavrila Románovich Derzhavin (1743-1816)	201
Ippolit Fiódorovich Bogdánovich (1743-1803)	206
Denís Ivánovich Fonvizin (1744 ó 1745-1792)	209

LITERATURA POLACA:
DE SUS ORÍGENES AL SIGLO XVIII
Ángel Enrique Díaz-Pintado Hilario

EDAD MEDIA (<i>ŚREDNIOWIECZE</i>)	215
<i>Kronika Polska</i>	237
<i>Bogurodzica</i>	244
<i>Posłuchajcie, Bracia Miła</i>	248
<i>Dialog Mistrza Polikarpa ze Śmiercią</i>	255
RENACIMIENTO (<i>ODRODZENIE O RENESANS</i>)	275
Andrzej Frycz Modrzewski	292
Piotr Skarga	302
Jan Kochanowski	311
Szymon Szymonowic	351
BARROCO (<i>BAROK</i>)	359
Mikołaj Sęp Szarzyński	375
Szymon Zimorowic	384
Jan Andrzej Morsztyn	390
Jan Chryzostom Pasek	399
ILUSTRACIÓN (<i>OŚWIECENIE</i>)	411
Adam Stanisław Naruszewicz	435
Stanisław Trembecki	440
Ignacy Krasicki	446
Franciszek Karpiński	461

LITERATURA CHECA:
DE SUS ORÍGENES AL SIGLO XVIII
Héctor Federico Santiago Pérez

LA EDAD MEDIA (SIGLOS IX-XV)	477
El Reino de la Gran Moravia (863-907). La literatura paleoeslava	477
El nacimiento del primer estado checo. La literatura en la época de la dinastía Přemysl (ss. X-XI.)	483
Literatura latina de los ss. XII-XIII. Kosmas y sus sucesores	484
Nacimiento de la literatura en lengua checa (s. XIV). La épica y la lírica antiguas	485
El reinado de Karel IV (1346-1378)	490
Jan Hus y las guerras husitas (s. XV)	496

EL HUMANISMO (SIGLOS XVI-XVII)	503
El Humanismo temprano bajo la dinastía Jagellonský (1471-1526)	503
El Humanismo tardío bajo la dinastía Habsburký (1526-1620)	507
EL BARROCO (SIGLOS XVII-XVIII)	513
El Barroco evangelista. La figura de Jan Amos Komenský	513
El Barroco católico	518
EL RESURGIMIENTO NACIONAL (SIGLOS XVIII-XIX)	521
Los orígenes de una nueva cultura nacional	521
La lingüística en la época del resurgimiento: J. Dobrovský	522
Eslavófilos y occidentalistas: F. Palacký y J. Kollár	524

PREFACIO

EL CRISOL DE LAS LITERATURAS ESLAVAS nació como resultado de un proyecto de innovación docente en el marco de la Universidad de Granada surgido a partir de la urgente necesidad de superar la evidente carencia de materiales didácticos modernos, atractivos y científicamente rigurosos en el campo de la eslavística española, y de la exigencia de adaptación de los planes de estudios al espacio educativo común europeo: los módulos de las literaturas de lengua *maior* (ruso) y *minor* (checo y polaco). Entre otros objetivos, esta adaptación preveía un mayor peso del trabajo autónomo del alumno, lo que requiere la existencia de ediciones formativas asequibles a distancia. Por otro lado, las actuales corrientes de enseñanza subrayan la importancia del enfoque multicultural e interdisciplinar.

El presente trabajo incluye un CD-ROM y un libro de textos comentados con ejercicios, que sirven como base para aplicar y ampliar los conocimientos ofrecidos en el soporte digital. Dichos materiales permiten que el alumno pueda, de manera autónoma, enriquecer los conocimientos adquiridos en el aula mediante el uso de la bibliografía digital accesible desde el CD-ROM, por lo que se fomenta el autoaprendizaje del estudiante y el desarrollo de las capacidades para resolver problemas que puedan surgirle en su proceso formativo.

El marco general del CD-ROM se adscribe a tres países eslavos (Rusia, Chequia y Polonia), cuyas literaturas son objeto de estudio. Todo ello va precedido de un amplio y profundo estudio en el ámbito de la literatura comparada.

Se ha elaborado un extenso volumen de material didáctico, que contiene textos anotados, precedidos de su correspondiente introducción histórico-literaria, con ejercicios de diversa índole, acompañados de un amplio abanico de material audiovisual. Dada su estrecha relación con el contenido literario, en el trabajo se presta especial atención a la práctica lingüística en sus diferentes vertientes. Unos ejercicios y tareas especialmente concebidos para el uso sistemático de diccionarios y otros materiales lexicográficos fomentan en el estudiante el hábito de la autocorrección, la autoevaluación y el autocontrol. Todo este material está disponible para el uso con los alumnos en el aula en soporte papel y con el programa *power point*.

Uno de los aspectos más llamativos de este innovador proyecto es la faceta de su transversalidad, que permite aprovechar sus contenidos en distintos campos del conocimiento y la enseñanza universitaria (musicología, historia del arte, teoría de la literatura y literatura comparada, antropología, traductología, etc.).

Esta obra ha sido elaborada por un equipo de profesores de la Universidad de Granada que abordó la idea con entusiasmo y con el deseo de plasmarla en unos materiales de los que se puedan beneficiar todos aquellos que se interesen y pretendan profundizar en el estudio de las literaturas eslavas. Si bien es cierto que para una mayor profundización se requiere el conocimiento de algunas lenguas eslavas, de ahí que los principales destinatarios sean en realidad los alumnos de Filología Eslava de las universidades españolas, confiamos en que estos materiales beneficien igualmente a los estudiantes de las Escuelas Oficiales de Idiomas, los filólogos, especialistas en literatura y/o en crítica literaria y a todas aquellas personas interesadas en las literaturas rusa, checa y polaca.

No está en el ánimo de los autores presentar una descripción comprensiva y exhaustiva de las literaturas eslavas, puesto que este cometido lo desempeñan con creces obras fundamentales ya existentes, como la *Historia de las literaturas eslavas* (Madrid, Cátedra, 1997), en cuya redacción tomaron parte algunos de los autores del presente trabajo, que, por el contrario, está más orientado a su uso en el ámbito docente.

La parte introductoria de la obra ha sido realizada por la Dra. Sultana Wahnón Bensusan, la presentación, la descripción y elaboración de los materiales de explotación de los textos de las diferentes literaturas corrió a cargo de los Doctores José Antonio Hita Jiménez, Elena Mironesko Bielova (literatura rusa medieval hasta el siglo XVIII), Joaquín Torquemada Sánchez (literatura rusa del siglo XVIII), el Doctor Ángel Enrique Díaz-Pintado Hilario (literatura polaca desde sus orígenes hasta el siglo XVIII) y el Doctor Héctor Federico Santiago Pérez (literatura checa desde sus orígenes hasta el siglo XVIII).

BREVE CURRICULUM DE LOS AUTORES

Sultana Wahnón Bensusan – Catedrática de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Granada. Especialista en hermenéutica literaria, ha liderado el proyecto de investigación: «El problema de la interpretación literaria en el pensamiento europeo. Fuentes y bases teóricas para una hermenéutica constructiva» (2007-2011). Es autora, entre otros, de los libros: *Introducción a la historia de las teorías literarias* (1991), *Saber literario y hermenéutica* (1991), *Lenguaje y literatura* (1995), *La estética literaria de la posguerra. Del fascismo a la vanguardia* (1998), *Kafka y la tragedia judía* (2003) y *Teoría de la literatura y de la interpretación literaria* (2008). Ha editado y coordinado varios volúmenes colectivos y monográficos de revista, como *Vigencia y singularidad de Auschwitz* (revista *Anthropos*). Es autora de un gran número de capítulos de libro y de artículos publicados en revistas científicas nacionales y extranjeras, así como en revistas culturales y suplementos de periódicos. En la actualidad preside la Asociación Española de Teoría de la literatura.

Elena Mironesko Bielova – Doctora en Filología Rusa por la Universidad Estatal de San Petersburgo. Desde 1981 es profesora de lengua rusa en diversas instituciones universitarias rusas y españolas. Desde el año 2000 es Profesora Titular de la Universidad de Granada (Área Filología Eslava). Es autora de los libros *Fraseología Rusa: Teoría y Práctica* (1997), *Historia de la Lexicografía Rusa: ss. XI-XVIII* (2002), *Historia de la Lexicografía Rusa: s. XIX* (2003), *Introducción a la Estilística Rusa: Estilo Coloquial* (2005), *Maestros del cuento ruso: Antón Chéjov, Iván Bunin, Alexander Kuprín* (2003), *Literatura Rusa Medieval: Perspectivas Actuales* (2007), *Estudios de Terminología Rusa* (2008), *Maestros del cuento ruso: Arkadi Avérchenko, Nadezhda Teffi* (2011) y otros, así como de una serie de manuales orientados a la enseñanza de la lengua rusa a los extranjeros. Colaboró en la fundamental obra *Historia de las Literaturas Eslavas* (1997) y ha publicado en Rusia, España, Ucrania, Israel, Italia y otros países más de un centenar de artículos dedicados a diversos aspectos de Lingüística, Didáctica, Literatura y Cultura rusas.

José Antonio Hita Jiménez, se licenció en Filología Rusa por la Universidad Estatal de San Petersburgo (1993) y se doctoró en Filología Eslava por la Universidad de Granada (2000). Es profesor de literatura rusa en el Área de Filología Eslava de la Universidad de Granada desde 1996. Paralelamente, ha impartido cursos y ciclos de conferencias en Universidades rusas (Moscú y Sarátov). Es autor de los libros: *El héroe y la composición en los cuentos de V.M. Shukshin* (2000), *Dostoievski en la crítica rusa* (2002), *Nueva visión de la obra de Dostoievski* (2003), *Maestros del cuento ruso: Antón Chéjov, Iván Bunin, Alexander Kuprin* (2003) e *Introducción a la estilística rusa: estilo coloquial* (2004), *Maestros del cuento ruso: Arkadi Avérchenko, Nadezhda Teffi* (2011) y artículos sobre lingüística, traducción, crítica literaria y literatura rusa.

Joaquín Torquemada Sánchez – Licenciado en Filología Eslava por la Universidad Complutense de Madrid. Doctor en Teoría de la Literatura y las Artes y Literatura Comparada por la Universidad de Granada. Completó su formación en diversas universidades de Rusia, Bulgaria, Ucrania y Eslovaquia. Desde 1994 ejerce como Profesor de Filología Eslava en la Universidad de Granada. Ha participado en más de cuarenta congresos nacionales e internacionales y ha impartido numerosos cursos y conferencias sobre Eslavística y Traductología. Posee el título de Traductor Jurado de Búlgaro y el Diploma del Nivel Superior de Lengua Rusa por la Escuela Oficial de Idiomas de Madrid. Autor de varios libros y numerosos artículos y de traducciones literarias del ruso y del búlgaro al español. Especialista en traducción de la poesía rusa. Ha traducido, entre otros, a A.S. Pushkin, Afanasi Fet, Fiódor Tiútchev, Mijaíl Lérmontov, Nikolái Gumiliov y Serguéi Yesenin. Entre sus publicaciones destacan los libros *Afanasi Fet (1820-1892)* –primera monografía sobre el autor publicada en castellano–, *Gustavo Adolfo Bécquer y Afanasi Fet: adelantados de la modernidad literaria en España y en Rusia y Memorias literarias de Dmitri Grigoróvich* (primera traducción al castellano). Condecorado por el gobierno de la Federación Rusa con la medalla de la Agencia Federal de Prensa y Medios de Comunicación “por su contribución personal al desarrollo de las letras rusas”.

Ángel Enrique Díaz-Pintado Hilario – Licenciado en Filología Hispánica, Inglesa y Eslava por la Universidad de Granada. En las universidades polacas de Lublin, Toruń y Varsovia ha ampliado su formación de eslavista. Doctor en Filología Eslava por la Universidad de Granada (tesis doctoral: *Las ideas estéticas de Adam Zagajewski y sus fuentes clásicas*). Profesor de lengua y literatura polacas en el Área de Filología Eslava de la Universidad de Granada. Traductor de literatura polaca y autor de diversos capítulos de libro, artículos y comunicaciones, presentadas en congresos celebrados en España y en Polonia. Líneas de investigación: la obra de Adam Zagajewski, el pensamiento del mesianismo polaco y relaciones históricas y literarias hispano-polacas, con especial atención a la recepción e influencias en Polonia del *Quijote* cervantino.

Héctor Federico Santiago Pérez – Licenciado en Filología Eslava (2002), Doctor Europeo en Filología Eslava por la Universidad de Granada (2008), dedicó su tesis doctoral a la escritora checa Daniela Hodrová. Ha ampliado sus estudios en el ámbito de la lengua y la literatura checa en la Universidad Masarykova de Brno, la Universidad Palacký de Olomouc y el Instituto de Literatura de la Academia de Ciencias de la República Checa en Praga, donde realizó una estancia investigadora en el año 2007. Asimismo, participó en el periodo 2005-2008 en la impartición de la asignatura de literatura checa del Área de Filología Eslava de la Universidad de Granada. Ha asistido a numerosos congresos, cursos y seminarios, y ha publicado varios artículos dedicados a la literatura y la cultura checa, con especial atención a la literatura contemporánea.

**FUNDAMENTOS TEÓRICOS DE UN ESTUDIO
MULTIDISCIPLINAR DE LAS LITERATURAS ESLAVAS
DESDE UN ENFOQUE COMPARATISTA**

SULTANA WAHNÓN BENSUSAN

INTRODUCCIÓN. ACTUALIDAD DEL ENFOQUE COMPARATISTA

La literatura comparada viene confirmándose, en los últimos tiempos, como una de las disciplinas más indicadas para dar respuesta a las interrogantes y necesidades actuales, tanto desde el punto de vista económico y geo-político, como desde el estrictamente cultural. Por un lado las nuevas realidades europeas surgidas de la caída del muro y de la disolución de la antigua Yugoslavia; por otro, las de un planeta sometido en general a cambios continuos en su configuración geo-política, a la vez que a procesos socio-económicos de globalización, han ido poniendo de manifiesto la necesidad y oportunidad de un planteamiento inter-nacional e inter-disciplinar de los problemas culturales y literarios, dos requisitos estos que pueden ser desde luego perfectamente satisfechos por la literatura comparada. En este nuevo contexto, la disciplina que nació en el siglo XIX con el fin de empezar a poner en relación una serie de literaturas nacionales europeas y hegemónicas, como la inglesa, la francesa y la alemana, ha dado paso a una reformulada metodología comparatista que puede contribuir a reorganizar los estudios literarios en sentido intercultural, interlingüístico e internacional, al establecer vínculos no solo ya entre diferentes tradiciones nacionales y europeas, sino también supranacionales y no limitadas al continente europeo; y no solo entre textos literarios, sino también entre la literatura y otras expresiones artísticas o, en general, culturales. Todo esto la aproxima cada vez más a ese otro campo actual de investigación que se conoce como *Cultural Studies*, con los que, sin embargo, no cabría identificarla del todo, puesto que, a diferencia de ellos, la literatura comparada no discrimina a la cultura europea u occidental y puesto que, además, ella sigue teniendo en la expresión literaria el objeto privilegiado de su atención. Así concebida, la literatura

comparada se aparece hoy como un modelo de conocimiento tan idóneo como el de los Estudios Culturales a la hora de establecer el paradigma multidisciplinar y global que se viene reclamando desde las instituciones educativas, sin que esto suponga, sin embargo, tener que renunciar ni al repertorio de las obras clásicas (el llamado canon occidental), ni a la especificidad de los estudios estético-literarios.

En lo que a este proyecto docente concierne, el enfoque comparatista tiene que ver sobre todo con el intento de superar la perspectiva predominantemente nacional con la que a lo largo del siglo XX se han venido estudiando las diferentes literaturas del este de Europa, cada una por separado, para ir sentando las bases de un estudio integrador y unitario de las literaturas eslavas, en estrecha relación, además, con el resto de las literaturas europeas. Por motivos puramente prácticos, en esta primera fase del proyecto el objeto de estudio estará constituido solo por las tres literaturas eslavas más conocidas y difundidas en Occidente, la rusa, la checa y la polaca, aunque en el futuro se incluirán otras que, como la búlgara, serían asimismo de gran antigüedad, o que, como la eslovaca, la ucraniana o la eslovena, entrarían dentro de la categoría de «pequeñas literaturas» de reciente aparición o consolidación.

La posibilidad de estudiarlas en conjunto, como literaturas eslavas, se derivaría del hecho de haber surgido todas de un tronco étnico-lingüístico común, el eslavo (v. Álvarez-Pedrosa Núñez, 1998: 37). Sin embargo, no conviene perder de vista que de ese tronco común se habrían derivado luego, a lo largo de un dilatado y complejísimo proceso histórico, diferentes y cambiantes realidades étnicas y nacionales y, por consiguiente, también distintas tradiciones literarias. Es importante, además, tener en cuenta que, además de las relaciones que todas las literaturas eslavas habrían contraído entre sí, tanto en su origen, como a lo largo de su desarrollo histórico, todas habrían estado igualmente relacionadas con el corpus clásico común a toda la literatura europea, tanto en su variante greco-latina, como judeo-cristiana. Por último, aunque con diferentes ritmos, todas se habrían integrado en la modernidad literaria, contrayendo por tanto nuevos vínculos, primero, con el resto de las literaturas modernas europeas (occidentales, nórdicas, meridionales, etc.) y, luego, con eso a lo que Goethe llamó *Weltliteratur*, es decir, con la literatura universal tal como ésta se habría ido constituyendo a lo largo del siglo XIX y, sobre todo, del XX —a raíz de la post-colonización y de la extensión prácticamente universal de la cultura occidental. Por lo mismo, muchas de las características de las literaturas que aquí van a estudiarse e incluso muchos de los aspectos de su evolución histórica solo podrán ser entendidos correctamente a la luz de lo ocurrido en esas otras literaturas del mundo y en función del *diálogo* que, en sentido bajtiniano, habrían venido manteniendo con ellas.

Aunque por motivos institucionales, didácticos y pedagógicos este proyecto solo puede ofrecer un panorama general de las literaturas eslavas, centrándose ahora mismo únicamente en tres de las más importantes, no deberá entenderse por eso que se esté invitando a concebirlas como un sistema autónomo y aislado, susceptible de ser estudiado en sí mismo sin tener en cuenta el resto de las tradiciones literarias. Por el contrario, la convicción que nos anima es la de que la única

manera posible de ir acercándose al utópico objetivo de un conocimiento global de la literatura, es decir, de una Literatura Universal, consistiría, precisamente, en ir avanzando poco a poco, realizando contribuciones parciales a dicha empresa en forma de pequeñas historias supranacionales, como ésta que aquí se va a ofrecer de las literaturas del este de Europa.

EL MÉTODO COMPARATISTA EN EL ESTUDIO DE LA LITERATURA. PRECEDENTES

La tendencia a buscar relaciones, de semejanza y/o diferencia, entre literaturas pertenecientes a culturas diferentes y escritas en diferentes lenguas no es tan reciente como podría creerse. Estaría atestiguada desde la antigüedad, aunque curiosamente no en la obra fundadora de los estudios literarios, la *Poética* de Aristóteles, que entre sus muchas virtudes no cuenta precisamente con la de haber elaborado su teoría de la literatura a partir de varias tradiciones culturales. A la hora de definir, tanto la poesía en general, como los géneros poéticos en particular, el filósofo griego usó ciertamente del método comparativo que sería de hecho inherente a todo proceder teórico, buscando la unidad (la esencia de la poesía y de cada género poético) dentro de la diversidad, pero realizó esta búsqueda de generalidades analizando solo el corpus de su propia tradición literaria, la griega, con un enfoque, pues, que hoy consideraríamos, quizás, algo particularista. Por su parte, Platón, que manifestó más interés que su discípulo hacia las diferencias culturales y que dedicó todo un diálogo, el *Cratilo*, a explicar el porqué de la diversidad lingüística humana, tampoco se ocupó nunca en cambio de la diversidad literaria, limitándose, al igual que Aristóteles, a especular sobre la literatura solo a partir de los autores griegos: Homero, los trágicos, los líricos, Simónides, etc.

La actitud comparatista solo hizo acto de presencia en los estudios literarios clásicos a partir del momento en que Grecia salió de sus límites geográficos y se convirtió en imperio, entrando así en contacto con culturas y tradiciones literarias ajenas y hasta entonces desconocidas para ella, las cuales, a su vez, también descubrieron a la griega. Por lo mismo, es en los periodos helenístico y romano donde se encuentran las primeras manifestaciones documentadas de un antiguo comparatismo literario. Suelen destacarse a este respecto los comentarios y valoraciones de contraste entre la literatura griega y la latina que hicieron los anotadores latinos de Homero y Virgilio, así como algunos pasajes concretos de Horacio, Quintiliano y Tácito (v. Texte, 1902: 26; y Martí, 2005: 334). Con todo, el caso de mayor relieve dentro de este período histórico lo constituiría una obra que, escrita ya en la era cristiana, entre el I y el III d.C., iba a ejercer siglos después, a partir del XVII, una enorme influencia en el nacimiento y desarrollo de la estética moderna: el famoso tratado de retórica, *Sobre lo sublime*. Además de contener el primer precedente de la teoría kantiana del genio, esta obra sería la única de la Antigüedad que llevó el comparatismo más allá de las fronteras greco-latinas, apropiándose de una tradición literaria ajena y, por tanto, inaugu-

rando ya en cierto modo el concepto goetheano de literatura universal. Ocurrió así porque su autor, el presunto Longino, definió lo sublime como la clase de excelencia verbal y espiritual que caracterizaba a las más grandes obras literarias, para luego ilustrar dicho concepto mediante ejemplos extraídos no solo de las grandes obras de la tradición griega (Homero, Sófocles, Demóstenes...), o de la latina (Cicerón), sino también —y aquí residiría lo novedoso del planteamiento— de una obra ajena a esas dos grandes culturas europeas, la Torah hebrea, uno de cuyos pasajes más conocidos, el del comienzo del Génesis, citó expresamente como paradigma de la sublimidad literaria, poniéndolo, pues, al mismo nivel que los mejores textos de Homero. Desde el punto de vista de este desconocido y original autor, el pasaje en que Moisés —a quien, siguiendo a Filón de Alejandría, se tenía entonces por autor del texto bíblico— había escrito «Y Dios dijo: “Haya luz» y hubo luz», era, en efecto, un caso evidente de sublimidad o genialidad literaria, perfectamente parangonable, si no incluso superior, a los del propio Homero (*Sobre lo sublime*, 9-9).

El de *Sobre lo sublime* fue, pues, el primer comparatismo literario que, practicado por una cultura de origen europeo (la helenística), trascendió sus propios límites para abarcar y comprender, bajo su propio concepto de *poesía*, textos que otra cultura había categorizado de manera diferente, llamándolos *escritos*, pero que, a ojos de un especialista en retórica, se revelaban producidos con las mismas leyes que lo poético. Lo que esto demuestra es que, incluso en sus más remotos orígenes, en el momento mismo de su aparición, este método o tipo de conocimiento comparatista no habría consistido solo en detectar semejanzas concretas entre una y otra literatura, sino también y sobre todo en la búsqueda de una universalidad literaria, entendida como luego lo hizo Goethe, es decir, como aquello que haría que una obra fuese estéticamente valiosa para toda la humanidad con independencia de en qué lugar y en qué lengua se hubiera escrito. Por lo mismo, sirve también para comprender el motivo de que este primer comparatismo universalista fuese aparejado al espíritu que ya entonces, en estos antiguos siglos, recibía el nombre de cosmopolita, y que se presentaba como opuesto al por entonces también muy generalizado exclusivismo cultural, esto es, a la actitud que solo tenía en cuenta la grandeza de las producciones propias, aplicando a todas las demás el calificativo de bárbaras o de ignorantes (sobre el antiguo cosmopolitismo y su oposición al exclusivismo griego, v. Wahnón, 2007/2008). Al reivindicar el carácter estético, y no solo religioso, del texto hebreo, y al atribuirle tanto valor literario como a los mejores textos griegos, el pseudo-Longino no hizo sino proseguir la tarea que un par de siglos antes habían iniciado, en la cosmopolita ciudad de Alejandría, los bibliotecarios de su famoso Museo, auxiliados, en un primer momento, por los míticos setenta sabios hebreos que inauguraron la historia de la traducción vertiendo la Torah al griego, y luego, en un segundo momento, por el famoso Filón de Alejandría, quien puso a dialogar por primera vez, en una obra de marcado carácter inter-cultural, dos mundos tan aparentemente diferentes como el pagano y hebreo, enfatizando todo cuanto había de común entre ellos a pesar de sus también innegables diferencias.

Se trataba, pues, ya entonces, de tender un puente de entendimiento y valoración mutua entre culturas que hasta hacía poco se habían ignorado y despreciado mutuamente, y de cuyo diálogo iban a derivarse, con el tiempo, consecuencias de enorme importancia, pues no en balde las tradiciones que fueron objeto de este primer comparatismo fueron, precisamente, la greco-latina y la hebrea, esto es, las que posteriormente iban a dar lugar, a través de la simbiosis cristiana, a eso que hoy llamamos civilización occidental o judeo-cristiana, la misma a la que por otra parte, y dada su conversión generalizada al cristianismo en los siglos IX-X, pertenecería también el mundo eslavo.

Tal como lo demuestra el remoto período helenístico, el cosmopolitismo, entendido como actitud de apertura a las ideas y valores de otros pueblos y culturas, reclamaría y llevaría consigo la práctica de una metodología comparatista en el estudio de la literatura. Si la que nació en la obra del pseudo-Longino no se desarrolló con demasiada fluidez en los siglos inmediatamente posteriores, esto se debió solo a que el cosmopolitismo de la época helenística fue sustituido, tras la conversión de Roma (y luego, a través del imperio bizantino, del mundo eslavo) al cristianismo, por un nuevo exclusivismo religioso, el de la Iglesia medieval, que encontró por supuesto cierta resistencia en su contrario, el ecumenismo cristiano, pero que, pese a eso, consiguió imponerse con bastante fuerza, excluyendo de entrada las creencias, valores y tradiciones ajenas a la que se consideraba la única verdadera. Entre las muchas situaciones anómalas que se derivaron del nuevo exclusivismo cristiano estuvo, como se sabe, la condena y destierro de la literatura greco-latina, en la que se veía, no del todo sin razón, una fuente de errores y herejías paganas, que por lo mismo no debía ser leída, ni, menos aún, comentada por los fieles de la nueva religión —al menos en tanto éstos no estuviesen inmunizados contra ese poder persuasorio de la poesía que Platón había denunciado ya en el *República*. En cuanto a la Biblia, cuyos valores estético-literarios habían sido ya perfectamente reconocidos e identificados por los mejores tratadistas del período helenístico, volvió otra vez a ser leída solo en tanto que texto religioso, portador de verdades reveladas, expresadas literal o alegóricamente. Que carezcamos de muestras significativas de comparatismo literario en la Edad Media cristiana sería, pues, un hecho concomitante al desvanecimiento general de la literatura misma, convertida una, la grecolatina, en texto prohibido; y reducida la otra, la hebrea, a texto revelado. Con todo, ni siquiera en este contexto de la cultura medieval cristiana estuvo completamente ausente el método comparatista, como lo prueban, entre otras cosas, los pasajes en los que los pensadores cristianos, incluidos los Padres de la Iglesia, daban en localizar procedimientos estilísticos propios de la literatura clásica (ritmos, metáforas, hipéboles, tropos en general) en los textos bíblicos, paradoja que por lo general se resolvía presentando al autor de los mismos, es decir, a Dios, como un gran y sublime escritor, provisto de todos los recursos detectados por la teoría literaria clásica, pero para una diferente finalidad: la de ocultar su verdadero pensamiento a los profanos (v. Domínguez Caparrós, 1993: 132-216).

Por otro lado, conviene recordar que la civilización cristiana no fue la única que existió en el mundo durante aquel largo período de tiempo que llamamos Edad Media. Además de la hebrea, que siguió su propio camino en los diferentes lugares del mundo donde fue a parar la diáspora, había aparecido una nueva cultura importante, la tercera de las que hoy se conocen como *las tres culturas*: la árabe. Fue en los territorios, antes romanos o bizantinos, de los que los árabes se fueron apoderando en su gran expansión imperial, donde tuvo lugar el importante encuentro entre ellos y los hebreos que, andando el tiempo, iba a ocasionar un nuevo intento, protagonizado por los hebreos, de buscar puntos en común entre sus respectivas tradiciones culturales y literarias. Pero, si en la era helenística el encuentro entre griegos y hebreos solo generó un tímido ejercicio de comparatismo literario entre dos autores, Homero y Moisés, este nuevo intercambio cultural dio lugar a algo mucho más ambicioso: en concreto, tal como he explicado en otro lugar (v. Wahnón, 2007), a la primera poética comparada de que se tiene noticia, el original tratado que el poeta y teórico hebreo-granadino Moshé Ibn ‘Ezra escribió en lengua árabe con el título de *Kitab al-Muhadara wal-Mudakara* (Tratado de la Discusión y el Recuerdo).

Compuesta a comienzos del siglo XII, cuando su autor deambulaba por tierras cristianas de Castilla huyendo de la Granada ocupada por los invasores almorávides, la obra, que se inspiraba en las más avanzadas teorías literarias del momento (las producidas por los filósofos y teóricos árabes lectores de Aristóteles), fue todavía más lejos que ellas al proponer una nueva definición de la poesía bastante más universal que la que caracterizaba por entonces a la teoría árabe. Ésta, que era muy exclusivista, estaba basada únicamente en lo que los propios árabes llamaban poesía, es decir, en el poema (*shi’r*), definido como composición métrica y rimada. De ahí que la propuesta del tratadista granadino Ibn ‘Ezra fuera la de ampliar este estrecho concepto «nacional» de poesía, sustituyéndolo por otro más «universal» que diese cabida a otras prácticas estético-discursivas, no métricas ni rimadas, como por ejemplo las de la literatura hebrea, pero también las de la griega —que tampoco confundía la poesía con el verso. En lo que concernía a la literatura hebrea, las tesis de Ibn ‘Ezra al respecto prueban que muchos pensadores judíos habían seguido atribuyendo valor estético, si no a todos, sí al menos a ciertos textos bíblicos, en especial a los que, como la Canción de Deborah y los Salmos, estaban versificados, pero también a los que, como el Cantar de los Cantares, estaban escritos en prosa rítmica y ligeramente rimada, e incluso a composiciones en prosa como los «discursos» (en sentido retórico) de algunos personajes bíblicos. Para el tratadista medieval, todos estos poemas y ejemplos de oratoria atestiguaban la existencia de una antiquísima literatura hebrea, basada en reglas muy diferentes a las de la poesía árabe, pero no por eso menos artística, ni menos bella. Esta común naturaleza estética era, precisamente, lo que a su juicio hacía posible la comparación entre las dos literaturas, la árabe y la hebrea, cuyas diferencias históricas habían dado paso, sin embargo, en los últimos tiempos a una nueva etapa, que, protagonizada precisamente por los poetas hebreos del momento —el propio Ibn ‘Ezra, pero también Shlomo Ibn Gabirol o Yehudá ha-Levi—, se caracterizaba ya

por su gran similitud con la poesía árabe. De ahí que el autor dedicara una buena parte de su tratado a detectar y caracterizar los recursos prosódico-retóricos con que los poetas judíos de Al-Andalus habían logrado crear una renovada poesía hebrea, escrita «a imitación de los árabes» o, como hoy se diría, una literatura fronteriza o inter-cultural.

En lo que a la Edad Media cristiana respecta, solo cuando el grado de implantación de la fe cristiana en las conciencias se consideró lo suficientemente elevado como para no temer ya un posible retorno del paganismo, pudo la literatura clásica greco-latina ser rescatada y recuperada definitivamente de los anaqueles donde se habían conservado (y a veces hasta leído) durante los largos y «oscuros» siglos de la Temprana y Alta Edad Media. Lo importante fue que, a partir de este momento, dicha literatura se convirtió no solo en renovado objeto de lectura, sino también en modelo para la constitución de las nuevas literaturas escritas en lengua vulgar. El episodio al que damos el nombre de Renacimiento fue decisivo, tanto para la aparición de lo que hoy llamamos «literaturas europeas», como para el resurgir del comparatismo literario, que en un primer momento se limitó a reproducir el antiguo, realizando ejercicios de contraste entre las grandes literaturas clásicas —a veces, como en los casos de Petrarca, Dante, San Juan de la Cruz y Fray Luis de León, también con la hebrea—, pero que en un segundo momento se constituyó ya como comparatismo entre ellas y cada una de las nuevas literaturas en lengua vulgar. Para Joseph Texte, a quien se considera el fundador de la literatura comparada del siglo XIX, si esto fue así, fue porque la antigüedad clásica constituía «el fondo común y el repertorio del que se alimentaba el espíritu europeo» y porque los modelos que inspiraban reverencia —Cicerón, Virgilio, Homero, Platón— eran los mismos en todos los países, razón por la cual «la crítica de los grandes humanistas se dedicaba con entusiasmo a los diferentes resultados que había producido, en distintos países, esta cultura antigua común» (Texte, 1902: 27).

Una visión menos idílica y, por lo mismo, más ajustada de este período histórico es la que ha ofrecido en fechas más recientes Pascale Casanova en *La República mundial de las Letras* (1999: 71-80), al afirmar que el recurso a la tradición clásica por parte de los humanistas no fue fruto solo de la ciega admiración, sino también, por paradójico que esto pueda parecer, de un proyecto de emancipación literaria respecto de dicha tradición. Hay que tener en cuenta que el prestigio y autoridad de la literatura latina, que fue establecido en el siglo XIV por los primeros humanistas, los italianos Dante, Petrarca y Boccaccio, resultaba ya, a las alturas del XVI, una carga oprimiente para los nuevos escritores. De ahí que una buena parte de la empresa humanista, incluyendo en ella ese peculiar método comparatista que consistía en la traducción e imitación superadora de los clásicos, pueda y deba leerse también en clave de conflicto y combate por la autonomía cultural, que, por otro lado y habida cuenta del estrecho vínculo existente entre lenguas y monarquías, era también al mismo tiempo una lucha por la autonomía y el poder de los nuevos estados europeos, librada contra otros estados y contra el poder de la Iglesia y de su instrumento lingüístico, el latín. Tal como explica la misma Casanova, en la época de lo que Benedict Anderson (1996: 77-91) ha

llamado la «revolución vernácula», es decir, durante los siglos XV y XVI, se produjo, primero, «el tránsito del uso monopolístico del latín entre las personas cultas a la reivindicación del empleo intelectual de las lenguas vulgares» y, luego, en un segundo momento, la constitución de nuevas literaturas que pretendían «rivalizar con la grandeza antigua» (Casanova, 1999: 70).

El contexto en el que se desarrolló el comparatismo renacentista no fue, pues, el de la concordia y serenidad culturales imaginadas por Joseph Texte, sino más bien el «de lucha abierta, de competencia», y no solo con el latín, puesto que, una vez constituidas e independizadas las grandes lenguas literarias de la Europa moderna (francesa, española e inglesa), se abrió paso una nueva competencia, la que enfrentó a todas esas lenguas entre sí por su común e incompatible aspiración a convertirse en el nuevo latín, o, dicho de otro modo, en la nueva lengua común de Europa (v. Casanova, 1999: 79-80; Pomeau, 1966: 79-82; y Wahnón, 2007/2008), aspiración ésta que, una tras otra, primero España, luego Francia y, finalmente, Inglaterra vieron —y siguen viendo— fracasar ante la resistencia de las otras. Lo importante, para nosotros, es que toda esta controversia fue, precisamente, la que sentó los cimientos del «espacio literario europeo» tal como hoy lo conocemos, es decir, como constituido por una pluralidad de literaturas escritas en un número siempre creciente de lenguas diferentes. Por lo mismo, fue también la que puso las bases para el comparatismo moderno, que, entendido en un primer momento como ejercicio de confrontación entre las literaturas europeas modernas, habría ido ampliando su ámbito a medida que se fueron descubriendo otras maneras de entender lo literario procedentes de culturas y tradiciones extranjeras (la hebrea, la persa, la china...).

El factor que más ha contribuido al nacimiento del cosmopolitismo y comparatismo modernos ha sido, sin duda, el del descubrimiento y toma de conciencia de la propia diversidad lingüística y cultural de Europa. Ésta, que, como se ha dicho, era ya un hecho desde el siglo XVI, no empezó sin embargo a revelarse en todo su alcance hasta el instante en que se produjo la segunda fase del proceso de nacionalización, esto es, la de la constitución en el siglo XVIII de las nuevas naciones centroeuropeas y, muy en especial, de Alemania. La razón de esto fue que, cuando Alemania se dispuso a librar su particular guerra de independencia, tanto política, como literaria, el enemigo no era ya solo el prestigioso pasado clásico, encarnado en la pervivencia del latín en las universidades alemanas, sino también la no menos influyente Francia, cuya lengua y literatura ocupaban entonces la posición dominante en Europa (v. «La Europa francesa», en Pomeau, 1966: 79ss). Esto explicaría que, tal como sostuvo Joseph Texte, la patria del comparatismo y cosmopolitismo modernos haya sido Alemania, a algunos de cuyos grandes pensadores y escritores, entre otros Vico, Herder o Goethe, se debería no solo la idea moderna de Europa, sino además una nueva idea de la universalidad y de la literatura universal.

EL MODERNO CONCEPTO DE LITERATURA UNIVERSAL

El combate con el latín no se cerró, por tanto, hasta que, al igual que ya lo habían hecho las naciones más occidentales de Europa (España, Francia, Inglaterra), las naciones centro-europeas dieron también en valorar sus propias tradiciones literarias tanto como valoraban la griega y la latina, y hasta que, por tanto, también ellas desalojaron al latín del único reducto donde todavía seguía ejerciendo parte de su antiguo dominio lingüístico: el de las universidades. Entre mediados del XVIII y comienzos del XIX el latín dejó, pues, de ser, ya definitivamente, la lengua de los sabios, quienes, al igual que los poetas, iban a escribir ya solo en sus respectivas lenguas nacionales, no solo en las grandes naciones imperiales donde esto estaba ocurriendo ya desde el siglo XVII, sino incluso en las que, encerradas en el interior del continente europeo, habían seguido usando el latín en el ámbito del saber científico y literario. Entre estas naciones, las últimas en abandonar el latín, se encontraba, junto a Alemania y Hungría, también una nación eslava: Polonia (sobre la ruptura de esta última unidad europea a partir de la desaparición del latín como lengua común de los sabios, v. Pomeau, 1966: 35-36).

Una obra clave para entender las motivaciones de este proceso sería el *Diario de mi viaje del año 1769*, escrito por H. G. Herder cuando realizaba, con veinticinco años de edad, el viaje por Europa a que por entonces estaba obligado todo joven con aspiraciones ilustradas y para el que el propio Pedro el Grande había servido de modelo. El gran interés de este libro en lo que aquí nos concierne reside en contener la primera exposición sistemática del que, con el tiempo, iba a ser el nuevo modelo europeo de formación humanista. A pesar de haber recibido él mismo la educación tradicional, que, heredada del Renacimiento, se centraba todavía en el aprendizaje de las lenguas y literaturas clásicas, el joven pensador se mostraba partidario de que éstas cediesen por fin el privilegiado puesto que todavía ocupaban en Alemania, el de ser las «lenguas de aprendizaje», a las lenguas y literaturas nacionales o modernas. Su propuesta concreta fue por eso que el latín fuese sustituido, como medio de aprender gramática, por la lengua materna de cada país, y que, antes todavía que el latín, los alumnos aprendiesen otras dos lenguas modernas, la primera de las cuales debía ser, en opinión de Herder, la francesa. Aunque el inglés empezó muy pronto a disputarle al francés este primer puesto, lo esencial de esta propuesta herderiana sería la prioridad que en ella se concedía a las lenguas modernas en detrimento de las clásicas, cuya enseñanza quedaba desplazada en su proyecto a los últimos años de la enseñanza secundaria y solo para el caso de los alumnos que quisieran convertirse en especialistas en las mismas (Herder, 1769b: 74). El autor fue, por otro lado, muy claro a la hora de exponer cuál era el objetivo último de esta revolución pedagógica: «Quiero —escribió en este sentido— que hasta el erudito sepa mejor el francés que el latín» (p. 68).

Así pues, a mediados del XVIII incluso Alemania, la nación que había convertido a los griegos en el modelo superior de la cultura y la belleza, estaba ya decidida a relegar el hasta entonces obligado aprendizaje de las lenguas clásicas, sustituyéndolas por las modernas. Lo curioso es que fue justo en este momento